

La imagen como instrumento de poder pedagógico

— Bienvenido Mena Merchan. Universidad de Salamanca —



Nuestro sistema educativo asigna mucha importancia al aprendizaje de la correcta información de hechos y con demasiada frecuencia se utiliza la imagen sólo con poder didáctico para hacer más clara la disciplina, más apetecible o más motivador un tema cualquiera, pero olvidamos que el hombre aprende a través de los sentidos. La capacidad de ver, sentir, tocar, oler y gustar es el instrumento para relacionarse con el medio, lo que hace imprescindible el desarrollo de la capacidad perceptiva en el hombre y más aún en el proceso educativo.

Con la imagen se aprende, se descubre, se entiende y se conoce. Por ello, no debe ser utilizada solamente para reforzar o subrayar lo que la palabra nos refleja. Por este motivo es fundamental romper la dedicación exclusiva a lo verbal, a la lectura y a la escritura y desarrollar una comprensión icónica con el fin de analizarla objetivamente y considerarla a través del sentimiento. Es más, debemos tratar de transformar la realidad que nos ha tocado vivir y comprender que el hombre actual es un contemplador pasivo de su cultura, que no establece gran contacto con el ambiente, mientras que nuestros antepasados estaban plenamente identificados con su entorno. Somos esencialmente espectadores y olvidamos la necesidad que el hombre tiene de situarse y de identificarse con lo que ve y hace. Esto es debido a la confusión que reina a nuestro alrededor. Si nos preguntamos ¿qué hacemos cuando llegamos a una ciudad nueva? nos daremos cuenta de que, en un primer momento,

esa ciudad es un simple punto de referencia, y cuando estudiamos su plano, recorremos sus calles y nos ponemos en contacto con sus gentes, inmediatamente se convierte en un paisaje animado en el que tomamos parte.

Vivimos una época en la que la producción, la educación y la visión en masa suprimen las relaciones sensoriales del individuo y los centros educativos han hecho y hacen verdaderamente muy poco por solucionar el tema.

Estamos saturados de imágenes. El mundo sería un gran supermercado de éstas, padeciendo cambios constantes que nos impiden estudiar o analizar lo que cotidianamente vemos, sin percibir que nuestro pensamiento se organiza en palabras, pero que pensamos en imágenes, y sin darnos cuenta del peligro que supone esta forma de vivir, ya que la lectura icónica es muy subjetiva, se dirige primero a la sensibilidad y luego a la mente. Nuestro cerebro recoge mensajes, aunque no analicemos su contenido y así, el hombre actual se crea una fábrica de sueños o su cultura de mosaicos. La proliferación de imágenes fijas (revistas, periódicos, publicaciones varias...) y móviles (televisión, cine, vídeo...) invade nuestra vida. No podemos, por su multiplicidad, asimilar la información, pero si codificamos lo que nos quieren transmitir, consiguiéndose un mundo irreal de sueños, una visión deformada del medio y, lo que es más grave, una filosofía homogénea, consumista, basada en la competencia, la utilidad y la violencia; se produce así un hombre radar, enrarecido, es-

tándar y se destruyen nuestras coordenadas espaciales y temporales al encontrarnos a través de los medios de comunicación con un mundo sin límites.

Hoy más que nunca necesitamos una ética de la imagen; hay que enseñar a analizarla, usarla, disfrutarla, valorarla e, incluso, criticarla, y a defenderse de su manipulación, y todo eso sólo se puede conseguir con un aprendizaje para la imagen.

Nos vamos a detener aquí en la relación arte-imagen actual, tratando de esclarecer la semejanza que pueden poseer, pero para no llevarnos a confusiones y teniendo en cuenta los niveles en que nos vamos a centrar, utilizaremos fundamentalmente el término comprensión estética y la necesidad de desarrollar la sensibilidad hacia el medio y hacia los sentimientos de los demás.

El profesor del área de artística tiene una situación, en cierto modo, especial, pues puede permitirse el lujo de ser más informal y de encontrarse con una materia que es atractiva para el alumno. A partir de los 15, 16 y 17 años se comienza una época de aprendizaje voluntario en esta materia, dejando de ser ya la expresión del yo como lo es en la infancia.

Normalmente, dado el carácter complementario que se le ha dado al estudio de la imagen, se comienza tarde, cuando ya están cubiertas las materias, y no se hace de forma sistematizada, progresiva ni adaptada a las etapas del desarrollo del alumno; por otro lado, el programa está orientado hacia estudiantes

que van a seguir una carrera artística o que han de cubrir esa asignatura por razones del plan de estudios. Como en estas páginas no estamos supeditados a un programa, vamos a adentrarnos en la imagen abiertamente, con el recurso a técnicas que nos permitan establecer contacto con ella en cualquier momento u ocasión.

De entrada hemos de dejar sentado que han de empezar muy temprano en nuestro sistema educativo a enseñar «buen gusto» y a desarrollar el hábito de coleccionar los objetos a imágenes de nuestro ambiente. Educar, pues, en la estética. Lo que significa organizar el pensamiento, el sentimiento y la percepción hacia una forma de expresión que sirva para comunicar a otros nuestros pensamientos y expresiones. La formación artística debe reflejar al individuo que la realiza, bien del pasado, bien de nuestra cultura. En este sentido el estudio de la imagen estaría dirigido a todas las personas, no importa el nivel en el que se encuentren, sólo hay que interesarse de tal modo que resulte una experiencia significativa, en la que deben concentrar sus energías para solucionar problemas creativos. Desde este punto de vista, la enseñanza de la imagen se convierte en un gran reto y para salir airoso de la prueba es necesario derribar los obstáculos y prejuicios que puedan existir hacia la imagen, procurando: suprimir el temor hacia la comunicación, no actuar con posturas de recelo o rechazo hacia cualquier tipo de representación, dirigir el aprendizaje, no abusar de las imágenes y olvidar en lo posible la eficacia intelectualista.